ANALES DE LITERATURA CHILENA
Año 26, junio 2025, número 43, 523-529
ISSN 0717-6058

SUEÑO AJENO

María del Carmen Pérez Cuadra[1]

Dime, ¿qué es lo que planeas hacer con tu única, salvaje y preciosa vida?

Mary Oliver

La veo cabecear sobre su dispositivo. En un dos por tres va a estar profundamente dormida. Mientras tanto, hojeo la última traducción. El nuevo código de procedimiento penal global es como un huevo podrido vomitado por la última guerra cibernética. Dice el artículo 69: "Cualquier no humano bajo la categoría de cíber mascota con al menos el 50% de su base biológica orgánica original, y que según el código 2000A, inscrito en su registro único (RU), corresponda a la categoría no humano y que se desempeñe en el ámbito de confianza 01 (servicio doméstico, ambiente familiar) —es decir, alguien como yo— y que tenga capacidad tecnológica suficiente para decidir y ejecutar cualquier tipo de intervención no autorizada[2] en un ser humano de su entorno, debe ser eliminado inmedia-

[1] María del Carmen Pérez Cuadra (Jinotepe, Cadazo, Nicaragua, 1971). Licenciada en Arte y Letras y Máster en Literatura Hispanoamericana y de Centroamérica por la Universidad Centroamericana UCA, Managua, doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es escritora y ha laborado como docente universitaria e investigadora de literatura centroamericana. Actualmente es docente de la Universidad Alberto Hurtado (Chile), y becaria del programa Fondecyt de postdoctorado N°3230220 con el proyecto "Figuraciones del cuerpo en la narrativa contemporánea escrita por mujeres de Centroamérica y el gran Caribe hispano", De sus textos literarios, mencionamos *Memorias de una hija imaginaria* (Ciudad de Panamá: UTP, 2023). *Una ciudad de estatuas y perros* (San José, Costa Rica: Abecedaria, 2022), *Letras para ser embalsamadas* (Managua, Banco Central de Nicaragua, 2022), *Isonauta* (Managua: Parafernalia, 2020) https://www.parafernalia.org/isonauta/*, Rama. Microficciones*. [Libro objeto] (Managua: Isonauta, 2016), *Una ciudad de estatuas y perros* (Santiago de Chile: Das Kapital, 2014), Sin *luz artificial*. *Narraciones* (Managua: CIRA, 2004). Obtuvo el Premio Centroamericano Rogelio Sinán, por su novela *Memorias de una hija imaginaria*, en 2022. Y en Chile, una beca otorgada por el Fondo del Libro y la Lectura para escribir el libro de cuentos *Una ciudad de estatuas y perros*.

[2] Considérese: violación a la privacidad, atentados contra integridad física y suplantación de identidad, entre otras. Para ver un listado completo ver tabla A76, folio 750.

tamente, y ninguno de sus órganos pueden ser reimplantado ni sus programas reinstalados en ningún otro no humano, cualquiera sea su ámbito de confianza". Dejé de leer porque el miedo a la muerte me produjo hambre, fui a echarle un ojito al refrigerador, pero solo había un tomate viejo, en una esquina un ramo de cebollas alargaba un triste llanto de raíces blancas. Cerré la puerta con cuidado para no despertarla.

Después de tres lamentables intentos logré al fin subir a un asiento y vi, en la parte alta de la despensa, una caja de té verde que parecía vacía. A la derecha una oxidada lata de sardinas parecía esconderse tras un aparato de radio descompuesto, a la izquierda una mitad de *bagel* untada con un queso crema poblado de moho negro. Bajé de un salto, y mi tazón de agua era un espejo que devolvía mi pequeña imagen. Para distraer el estómago empecé a jugar el mejor juego que había descubierto.

Una masa de hebras entre mis dedos hace que el corazón bombee aceleradamente, ¿o es el latido ajeno de la luz roja que llega desde alguna parte? ¿Sabrá ella lo que está pasando, lo que le estoy haciendo? Pero hay un zumbido entre las sienes que me agota. Escucho el ruidito acompasado de la máquina en pleno funcionamiento: *shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin...* Quizá ella no logre percibirlo, pero yo sí que lo escucho, tan fuerte que me marea.

Veo el rostro nítido de Katmal, sus ojos color de jalea de guayabas, las pestañas dobladas y extendidas en ramitos negros y el pelo brillante que le toca desordenadamente los hombros. Sonríe y me habla con esos dientes nacarados y limpios, pero no sé lo que dice. Un hueco en mi pecho crece con una amargura feroz porque yo quiero hablar su idioma, echarme en paz a su lado y escuchar junto a él el arpa de viento que se forma junto a nosotros. Él lleva el torso descubierto, quizá está borracho porque tiene la camisa en una mano, sonríe y cae al suelo muy divertido, al parecer lo que ha dicho es muy gracioso. Y su cuerpo musculoso y joven, sin pelos feos en el pecho como los que tiene el abuelo, brilla a contraluz. Su piel es canela espolvoreada con sol oro. Es el último fulgor de un día de verano a las seis de la tarde en Santiago o en cualquier parte del Sur del mundo. Las gotas de sudor de sus axilas huelen a hombre cargado de hijos sanos y fuertes. Quisiera poder olerle el trasero, pero Melek es más fuerte y me lo impide. Parece darse cuenta de que soy yo quien gobierna su sueño con Katmal. Tomo notas del incidente para el informe que haré para el Instituto de Investigación Avanzada del Sueño Animal. Logro desaparecer al hibridarme con su subconsciente, se tranquiliza, lo siento en los latidos de su corazón que ya casi se calman, hasta que ella recupera la falsa seguridad de que este sueño es solamente de ella.

Vuelve a Katmal con su risa de dientes perfectos, aunque ella está feliz, un pequeño río de aguas saladas se escapa de sus ojos, ¿le duele algo? ¿está herida? De verdad no entiendo el motivo del llanto, Katmal huele tan bien que es difícil no ser feliz a su lado. Mi dueña cree que este es su sueño, pero soy yo quien está soñando por medio de ella. ¡Ay, Katmal, soy adicta al contacto con tu mano!, me tomas y siento un deseo insaciable de que me aprietes para siempre. Definitivamente de tu carne se desprende un aroma a

libertad mezclado con albahaca y mandarinas, pero también a cerveza negra. De ti solamente no me gusta el aro de plata que llevas colgado de la columela de tu nariz, aunque quizá tampoco me gusta tu barba oscura y misteriosa. De pronto, tomo distancia, de algún modo me alejo hacia otra perspectiva. Veo, desdoblada de mí misma, la escena de Katmal cayendo entre las setas, junto a un ciprés y bajo los eucaliptos del bosque de la costa, su imagen se va difuminando y todo queda blanco, pero huele a vida, una vida que florece entre los aromas de un mar agitado.

Sueño que mi pelo se cae a mechones. *Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin*. Miro un punto fijo del techo. Intento descifrar el lenguaje de esas sombras movedizas. *Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin*. Hay sondas que parecen un mensaje escrito en neblina negra, dicen acaso: "Madre" … ¿"mamá"? O quizá sea la interferencia que provoca ese humano que conecta un chip en la frente de una cabeza sin cuerpo, y la cabeza llora y pide "¡agua, por favor!". Y el hombre dibuja en su cara una expresión de satisfacción, porque ahora implantará también un chip para que la cabeza sonría y sienta libertad, cuando en verdad es una prisionera de la ciencia. Pero lo cierto es que, tanto el hombre como su invento, son esclavos de un mismo sistema. Después, una libélula se posa en la cabeza del hombre que implanta el chip, él la espanta con un desatornillador mientras el amanecer se traga desde una ventana al pequeño insecto. *Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin.*

La luz amarilla del ocaso me produce regocijo, es una sensación de felicidad y armonía que no esperaba conocer, hasta que escucho los susurros de Katmal, está sobre mí y sonríe, abre los gajos de mis piernas humanas con sus manos morenas, y veo un vestido de tul y encajes que ciertamente me parecen ridículos, y a él también porque lo aparta y levanta la falda para echarla sobre mi cara. No entiendo, pero, aunque estoy muerta de risa, después aparece una mueca de dolor y el llanto.

—¡NOOOO!

Porque yo soy ella. *Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin.* El amante empuja, azota con fuerza mientras el sonido de las olas del mar está chocando con las rocas, revienta la humedad y se derrama sobre la arena tibia y blanca de la costa.

Hay una nueva luz, pero esta vez es roja y no tiene el sonido de olas reventando contra los peñascos. En contra de lo esperado, en el interior de la caverna donde habita mi anticuado cerebro cíborg de tercera categoría se empieza a ejecutar un viejo himno a las guerras espaciales. No logro detener la música, hasta que se termina sola, como todo en esta vida. Pero ahora, se ejecuta en mi disco interno "Las cuatro estaciones" de Vivaldi. Tengo vergüenza, esas notas me vuelven una perra cursi y atrasada, aunque me resulta bastante difícil detengo el sonido a voluntad, haría cualquier cosa para impedir que mi dueña se dé cuenta de que mi sueño se ha colado en el de ella. Que soy yo quien vive un sueño ajeno.

— Bzzzz, Bzzzz, Bzzzz.

Abro los ojos. Tengo miedo de despertarla. La veo tumbada sobre el sofá cama, la tableta traductora a su diestra y el libro a su siniestra. Ella cree que está trabajando

en la traducción que nos da de comer, pero en realidad está babeando el libro que tiene que traducir, "Hoka no dareka no yume", dice la portada. Veo el reloj analógico y en su círculo blanco con patas negras, dice que solo faltan 7 horas para la entrega. Si ella no lo logra, nos moriremos de hambre.

—Bzzzz, Bzzzz, Bzzzz.

Me ha desconectado el ruidito de la mosca que invade el aposento de mi dueña. ¡Ay… ese zumbido de alas transparentes!

—Bzzzz

¡Cómo me desespera!

Calculo el movimiento audaz de mis patas. Cada músculo se vuelve un resorte que me suspende con fuerzas, y… ¡Zas, zas, zas…! ¡muerdo! Pero la maldita mosca se me escapa. Si mi ama me hubiera incorporado un escáner para calcular mejor el movimiento y la distancia, a esta hora ese insecto sería un fantasma.

Melek, mi dueña, apenas se movió, duerme profundamente después de una semana de desvelo. Abro un poco hasta que la pendenciera mosca sale por la ventana. "Era de verdad", pienso, y lo digo porque la atrajo la luz, no era un nano robot de esos que el gobierno usa para espiar a los cíborgs disidentes. Ahora, gracias a la privacidad del momento, decido dejarme llevar nuevamente por el vicio de entrar en la mente de mi ama para robarle sus sueños. Quiero soñar sus sueños otra vez porque esa posibilidad no está instalada en mis propios programas. Por desgracia, mi *software* apenas me permite "soñar" que escucho música. Para colmo, soy tan atrasada que ni siquiera puedo evitar ser redundante y eso me molesta.

Me acerco, pongo las terminales de mi pata izquierda sobre su frente, ella me abraza sonámbula. Yo aplico un poco de anestesiante con mi lengua, luego una pequeña descarga de las ondas RED-Gaussneuronales que nos unirán por medio de un cordón mental profundo, entonces sin que ella lo sepa me conecto a sus sueños. Ya estamos conectadas. Las dos amamos a un mismo hombre. En eso quedamos.

…

Ahora soy un ser humano, pero al ver hacia el piso no hay pies humanos ni zapatos de hacer deportes, hay dos patas de perra. Me agito un poco, no quiero ser una perra, pero soy una perra que corre en dos patas, como si fuera un humano. No puedo perder la carrera. No puedo distraerme porque perder no está en mi ADN ni en mis programas, aunque estos sean arcaicos. Hay neblina alrededor, no veo el punto de llegada, corro con todas mis fuerzas, he dejado atrás a los demás corredores o ellos me han rebasado.

—*¡Wan, wan, wan…!* Ladro en otro idioma.

Y el ruido de la máquina otra vez se mete en mi sueño: *Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin…*

No puedo ver a los demás competidores, aunque presiento que son muchos, no sé si también son perros corriendo en dos patas o si solamente son humanos corriendo como animales. Pero sigo, no hay nada que me detenga. *Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin…*

El tiempo de la carrera se prolonga, no veo bien la carretera, avanzo sobre una línea blanca que creo separa en dos el camino. Ya no sé si es de noche o si es de día, porque una nube lo cubre todo, pero he empezado a cansarme. No sé si avanzo, la línea blanca me hipnotiza.

Ahora mis patas llevan zapatos puestos, pero pesan demasiado y hacen que me duelan los tendones. A cada paso siento cómo duelen las llagas en los pies, duelen los juanetes, la tibia y la base de los dedos gordos, este dolor quema, y yo sigo, no puedo detenerme… hasta que los zapatos se empiezan a desbaratar. Entonces, un coro de voces entre la niebla me grita que me detenga:

—¡Tienes que parar o se te va a detener el corazón, Katmal!

—¡Oye, no seas estúpido, pierde la carrera no pierdas la vida!

Sin embargo, yo no les pongo atención, en algún momento esta competencia tiene que terminar y yo volveré a ser yo y dejaré de ser Katmal. Pero la boca está completamente seca, duele como si se estuviera agrietando del exceso de sequedad. La garganta se va a deshacer igual que los zapatos, duele tanto como duelen los pies y los pulmones. Los zapatos al fin se desintegran. Sigo, pero los pies flaquean. Aplico más fuerza, más, más, más y toda la que tengo.

Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin…

—¡Que no seas estúpido, detente!

—¡Oye, si de todos modos vas al último, deja de hacer dramitas, pendejo!

Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin…

Yo no los conozco. Sigo. Tropiezo, caigo, pero me levanto. Camino más lento, aunque estoy dando lo que tengo. Siento que de verdad puedo morir, hasta creo ver la sombra oscura con su enorme boca que casi me saca un aullido, ¡es el fantasma de la muerte que merodea por acá! El corazón da fuertes patadas y aprieta mi garganta. La cabeza emite un pitido doloroso. Estoy extremadamente agotada. No veo nada. Respiro hondo pero el aire no se siente en los pulmones. Mi estructura ósea amenaza con romperse en mil fragmentos, pero en lugar de esta calamidad viene a mí una sensación de desvanecimiento incontrolable.

Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin…

Todavía no veo la salida. Sigo, hasta que, entre el tumulto de voces, escucho la voz de mi padre y de mi madre:

—Hijo, tienes que parar. Esto no está bien.

—A veces tienes que darte por vencido, tienes derecho de fracasar, por favor. Te necesitamos, ¡no puedes hacernos esto!

—¡Vamos, tú puedes! Déjate caer y no te levantes.

Mientras me hablan como si yo fuera Katmal, corro. Siento cómo los huesos comienzan a romperse, escucho el crujir de mis articulaciones desmoronándose, pero no me detendré. Yo no sé lo que significa darse por vencido o perder una carrera.

Al final, cuando llego a la meta, un asistente técnico robot me espera con una camilla. Hay gritos de una multitud que celebra con furia mi triunfo, pero yo no siento que he ganado nada.

Percibo el sonido de la máquina: *shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin*... Y pienso en Katmal, ¿por qué se ha ido ahora que más lo necesito? Si él estuviera conmigo nada de esto estuviera ocurriendo, en vez de dolor y agotamiento o miedo de morir yo estaría cerca del mar, feliz de saberlo mío. Veríamos juntos el amanecer, mordería su sonrisa y él me inundaría con su olor a albahaca y mandarinas maduras. Pero estos huesos se están desmoronando, y duele. Aunque duele más que no estés conmigo, Katmal. Te esperaré todos los días de mi vida, amo mío.

Shuii kiin, shuii kiin, shuii kiin…

En el sueño, la perra se acuesta sobre la camilla, el corazón se le revienta, pero sigue pateando duro, aunque ya terminó la carrera, piensa ella que esto es la muerte. Se ve a sí misma de forma desdoblada mientras un técnico le pone y retira a distancia unos parches de conexión neuronal. Las ondas se apagan y la máquina empieza a perder velocidad.

Sh-uii…- ki…-in-shuii…-ki-in…-shuii… wii... kii-i-i…

La perra despierta justo a tiempo para ver que todo está en orden.

Al desconectarse de las terminales de la pata de su perra, Melek da un salto y muerde el vacío, casi como si estuviera intentando atrapar una mosca con los dientes. La perra oculta rápidamente el dispositivo que ha logrado instalar y camuflar, con verdadera astucia, en una de sus patas. La mujer abre los ojos, pero aún padece los efectos del sabotaje neuronal. A su lado, la perra hace como que también está despertando.

La perra se incorpora y rápidamente acerca la tableta de traducción a las manos de su dueña. Melek vuelve en sí para dar continuidad al trabajo que al parecer no fue interrumpido por el trance de sueño perruno, termina de traducir las últimas líneas del libro y toca el ícono para enviar. Por su lado, la perra se acurruca a sus pies, fingiendo inocencia. Melek le soba la cabeza con ternura. Luego se levanta y se mete en la cocina a prepararse algo.

Al otro lado del mundo, en la oficina del Instituto de Investigación Avanzada del Sueño Animal, el técnico cuántico especialista en sueños ajenos recibe el informe de la perra, que, sin que el técnico lo sospeche se ha hecho pasar por la dueña, y le pregunta a la perra, pensando que es Melek:

—¿Qué tal estuvo la experiencia de soñar el sueño de su perra, señorita Melek?

La perra, oculta tras un viejo distorsionador de imagen, y después de pensar la mejor forma de parecer humana, responde:

—Las lágrimas que brotaron de sus ojos cuando soñaba con Katmal tenían la carnosidad de las palabras que necesitan ser escritas, por eso decidí escribir su historia. Además, la tristeza no se hizo para los animales sino para los humanos, ¿no te parece?

Corta rápido la comunicación porque Melek regresa con una taza humeante olorosa a té verde. Gime un poquito para llamar su atención, pero a la dueña solamente se le

ocurre rascarle la cabeza. Si Melek fuera lista, ya habría comprado un decodificador de pensamientos de perros cíborgs y podría escuchar a su mascota diciendo: “Pobre Melek, de tanto que trabaja se le han ido los años en un abrir y cerrar de ojos, ya ni siquiera piensa en paseos ni mucho menos en el alimento tan necesario, esto se parece demasiado a una grave enfermedad, si sigue así voy a tener que sacrificarla”.